

obituarios

Sussane Lothar, la sufridora musa de Michael Haneke

La actriz alemana protagonizó filmes como 'Funny games'

JUAN GÓMEZ

En 2008 dijo que ya no daba “nada por supuesto”. Acababa de morir su esposo Ulrich Mühe, con quien Susanne Lothar (Hamburgo, Alemania, 1960) compartió cartel en películas ya clásicas como *Funny games*, dirigida por Michael Haneke. El miércoles por la noche, el abogado de la familia anunció en Berlín que Lothar había sido encontrada muerta en su apartamento de la capital alemana. El letrado no describió las circunstancias del deceso, “por respeto a la esfera privada de la familia”. La esquila que publicaron su madre y sus huérfanos en el diario *Süddeutsche Zeitung* daba la fecha exacta: Lothar murió el día 21 de julio. Al día siguiente era el quinto aniversario del fallecimiento de Mühe, que padeció un fulminante cáncer de estómago. Él tenía entonces 54 años. Lothar cumplió solo 51.

La actriz gustaba de interpretar personajes en situaciones extremas, mujeres humilladas o heridas como la comadróna de *La cinta blanca*. Con ese filme, Haneke ganó en 2009 la Palma de Oro de Cannes y también el Globo de Oro a la mejor película en lengua extranjera. En 1997, la colaboración del trío Lothar-Mühe-Haneke dio la muy inquietante *Funny games*: el matrimonio interpretaba a unos padres de familia que disfrutaban de unas idílicas vacaciones de verano cuando sufren el inesperado asalto de dos adolescentes sádicos. Algunas de las escenas de Lothar y Mühe son angustiosas hasta el paroxismo. Encarnando a un matrimonio que sabe que va a morir sin motivo razonable, los actores desvelan la fragilidad de la vida y la arbitrariedad de la muerte.

El *Frankfurter Allgemeine Zeitung* escribió que Lothar fue una “actriz extrema que se servía de métodos suaves”. Los que la conocían han contado que era una mujer “sensible y encan-



La actriz Sussane Lothar, en la Berlinale de 2011. / SEAN GALLUP (GETTY)

tadora, llena de naturalidad y de fuerza”. Decía que amaba su profesión, que le estaba ayudando a superar la muerte de su marido en 2007.

En Alemania la recuerdan por su excelente carrera teatral. En 1988 trabajó con el famoso director de teatro Peter Zadek en *Lulú*, la tragedia escrita por Frank Wedeking en 1913, que le dio considerable fama. Pisó las tablas más célebres de Hamburgo, Stuttgart, Berlín, Viena, Salzburgo o Zúrich. Pero quizá lo más difícil de olvidar sean sus primeros planos cinematográficos, en los que endurece la mirada o sonrío con desamparo.

Nacida y educada en Hamburgo, su carrera teatral despegó en el famoso teatro Thalia de la ciudad Hanseática. Allí traba-

jaba ya su madre, Ingrid Andree. Lothar ya actuaba antes de terminar el Bachillerato y de inscribirse en la Escuela de Arte Dramático de Hamburgo. Conoció entonces a Zadek, ya consagrado como director en aquella época. Él contó que cuando Lothar tenía 20 años “ya la había elegido para encarnar un día a Lulú”.

La actriz empezó su colaboración con el austriaco Haneke en *El castillo* (1997). También rodó con él *La pianista*, además de las ya mencionadas *La cinta blanca* y *Funny games*. En la televisión alemana, Lothar participaba en varios seriales como el detective *Polizeirug 110*. Uno de sus últimos trabajos fue *Anna Karenina*, una producción británica que se estrenará en otoño.

'IN MEMORIAM'

Gregorio Peces-Barba, las ideas como objetos de pasión

SAMI NAÏR

La muerte siempre nos enfrenta a lo unimaginable, no solo a lo imprevisto. Lo unimaginable era que Gregorio pudiera desaparecer, pudiera dejarnos tan pronto. Su voz, sus andares a la vez pesados y muy ágiles; sus maneras muy de hombre de iglesia —él, auténtico creyente, que no soportaba la intromisión de la Iglesia en el mundo vivido y privado—; sus palabras de acogida, afectuosas y siempre un poco bromeadoras con los amigos; su sentido de lealtad, total, firme y exigiendo a los beneficiarios la reciprocidad total, firme también. El pensador: preciso, riguroso, a veces categórico, cuando no era veramente imperativo. Le gustaban las discrepancias, las críticas duras, a veces solo para obligar a su protagonista a sacar todas las conclusiones de su punto de vista. Polemista temido, Gregorio vivía los valores y las ideas no como abstracciones, sino como seres concretos, objetos de amor y pasión. Un ser extremadamente complejo, que debía sufrir mucho por dentro, más allá de las apariencias y de la imagen de fuerza que perfilaba su cuerpo alto y masivo.

Cuando le convencí, en 2005, de escribir un libro sobre su experiencia intelectual desde la época de la Transición, me dijo: “Necesito seis meses para pensarlo, y pondré tres meses para escribirlo”. Así fue. *La España civil* queda como una de sus mejores obras, a la vez muy personal y llena de reflexiones y provocaciones! filosóficas y políticas.

Pero el Gregorio que me gustaría recordar aquí también es otro. El francófilo, el conocedor como pocos de la tradición filosófica francesa —desde los grandes autores de la Edad Media hasta Maritain, pasando por Pascal y Descartes—. En su pensamiento filosófico, Gregorio unía lo infinito del sentido existencial de Pascal con lo finito, lo determinado de la razón cartesiana. Probablemente, era para él la única vía para juntar estas dos categorías esenciales para todo ser humano: creer y saber.

Su pensamiento político hundía sus raíces en la tradición republicana francesa. Compartía el núcleo duro de esta concepción del vínculo social que separa radicalmente la esfera pública del estado de la esfera privada de la sociedad. En este sentido era un republicano de verdad, que tenía, tal y como decía Antonio Machado, “gotas de sangre jacobina” en sus venas. Pero su republicanismo era democrático y complejo: democrático porque integraba la idea de ciudadanía activa basada en una concepción humanista de la sociedad; y a la vez complejo porque mantuvo vivo este republicanismo cuando se convirtió

en monárquico sincero. De esa aparente contradicción, hemos hablado mucho. Y él pretendía que la Corona no era antirrepublicana, pues aceptaba la diversidad no solo de las naciones españolas, sino también de las tradiciones ideológicas. La democracia, para Gregorio, los derechos fundamentales que la acompañan, superaban a todo, y por ello se oponía con una determinación implacable a los movimientos políticos violentos. Gregorio aborrecía la violencia.

La Monarquía democrática podía integrar sin problema su republicanismo de fondo, su concepción de la separación de lo privado de lo público, de lo espiritual frente a lo temporal. Gregorio siempre afirmó también su pertenencia no solo al socialismo, sino al socialismo liberal, en el sentido político y económico.

Cada uno puede recordar momentos excepcionales con Gregorio, pues era un hombre muy original. Personalmente, creo

Auténtico creyente,
no soportaba
la intromisión
de la Iglesia

Mantuvo vivo su
republicanismo
cuando se convirtió
en monárquico

que uno de los momentos más significativos de nuestra amistad fue el día del 11-M. Tenía una cita con él a las nueve en el rectorado de la Universidad Carlos III, en Getafe. Quería coger el tren desde Atocha a las ocho y, finalmente, no me desperté. Tuve que llamar a un taxi en mi hotel de Madrid para recuperar el tiempo perdido y llegar a la hora. El taxista, cuando le indiqué el destino, me dijo que era imposible pasar por la zona de Atocha, pues un atentado... etcétera. Llegué, al fin y al cabo, a las diez a su despacho. Estaba solo, sentado frente a la televisión, que emitía noticias sobre la matanza. Estaba muy grave. Se lo pregunté: “En tu opinión, Gregorio, ¿quién ha perpetrado este horror?”. Contestó: “No es la ETA”. Él, el gran demócrata, el enemigo de la violencia de ETA. Esta cita un día de horror, el Gregorio de capa caída que tenía frente a mí, la noticia en la televisión, todo se mezcla en mi espíritu. Varias veces nos recordábamos juntos este día funesto. Y ahora el maestro se ha ido. Y nosotros, sus amigos, nos encontramos con un vacío doloroso. El vacío dejado por la muerte de Gregorio Peces-Barba.

ESQUELAS EN EL PAÍS

900 101 738

LLAMADA GRATUITA

91 402 86 66

Cliché